

LA CARIDAD.

AÑO 2º

SAN SALVADOR, MARZO 1º DE 1885.

NUM. 35.

“LA CARIDAD.”

Este periódico se publica cada dos domingos.

El valor de la suscripción es de CINCO REALES por la serie de doce números, ó sea cinco reales por cada seis meses.

El presente número es el penúltimo de la tercera serie, cuyos productos están destinados al Hospital general de esta ciudad; pero se ha dispuesto ultimamente que en las de Santa Ana, Sonsonate, Ahuachapán, San Vicente, Zacatecoluca, Chalatenango y San Miguel dichos productos se dividan por mitad entre el hospital de cada población y el de esta ciudad.

Por tanto, para todo lo concerniente á los abonos, dirigirse en cada una de las mencionadas ciudades al Hermano mayor de la Junta de Caridad y en esta capital á

La Redacción.

SALUDO.

Lo hacemos muy atento al Excelentísimo señor Ministro Coronel don Melchor Ordóñez y Ortega y á su apreciable esposa doña Socorro. El afecto y las consideraciones con que se ha recibido al digno Representante del Gobierno de Su Majestad Católica en Centro-América, significan nuestro amor y reconocimiento á la noble nación que nos trajo su bello idioma, sus sabias leyes y su hermosísima religión: significan también el sincero deseo de que sea muy grata á los ilustres huéspedes su permanencia entre nosotros.

Sociedad de San Vicente de Paul.

SUS LIMOSNAS EN 1883.

Si los pocos adelantamientos que

un país realiza en los ramos que tienden á hacer más agradable y cómoda la vida, facilitando los medios de satisfacer sus múltiples necesidades, con sobrada justicia hacen palpitar de gozo el corazón de muchos, con mayor razón aquellos triunfos que se alcanzan en el orden moral, porque revelan la existencia de corazones generosos, en que tiene un lugar la virtud.

La anterior consideración, aplicable á los bienes que causan las cristianas asociaciones, organizadas hace poco tiempo entre nosotros, con los nombres de Conferencias, respecto de los hombres, y de Sociedades Católicas, respecto de las Señoras, nos sugiere especialmente el honor que por primera vez ha recibido la República del Salvador figurando en el hermoso grupo de las naciones que cuentan en su seno con estas sociedades, compuestas de humildes obreros del bien, silenciosamente ocupados en aliviar la suerte de muchos desvalidos.

Por ahora nuestro propósito solo es dar á conocer las cantidades colectadas en el mundo y distribuidas en limosnas, con la debida prudencia, una vez averiguada la verdadera necesidad, por las sociedades de hombres, denominadas, como hemos dicho, Conferencias de San Vicente de Paul; reservándonos para otra ocasión dar al público un general conocimiento de otros bienes, incomparablemente mayores, que unas y otras agrupaciones proporcionan á los pueblos, entre los cuales, llenando su benéfica misión, con su influencia moral afianzan el amor al trabajo, el amor á la economía, el amor al orden, el respeto mutuo y en general el cumplimiento de todos los deberes.

Todas las conferencias establecidas en el mundo se comunican periódicamente, y de un modo directo, con el Consejo general, centro de la sociedad entera, residente en París, y este Consejo, en la memoria referente al año de 1883, dió cuenta de las cantidades colectadas é invertidas en los pobres de la manera siguiente:—

	Colectas.	Gastos.
Francia	\$ 538,666	\$ 426,808
Alemania	147,394	147,833
Austria	154,352	74,709
Bélgica	134,643	125,496
Dinamarca	89	86
España	125,618	109,628
Grecia	625	480
Islas Británicas	192,219	134,918
Colonia Inglesa en Europa.	302	247
Italia	75,867	69,786
Luxemburgo	1,515	1,278
Noruega	31	27
Países-Bajos	159,929	144,292
Portugal	4,815	4,262
Suiza	7,272	5,963
Turquía de Europa	1,659	1,500
Id. de Asia	4,384	4,403
Indias Inglesas	14,431	7,242
China	1,477	919
Colonias Inglesas en África.	3,646	2,809
Egipto	621	567
Colonias Inglesas de la América del Norte.	36,335	27,256
Estados-Unidos de la América del Norte....	198,085	158,025
México	32,187	28,421
SAN SALVADOR	979	938
Ecuador	3,443	3,902
Brasil	15,962	14,954
Chile	38,382	37,067
República Argentina.....	25,654	16,709
	\$ 1,925,582	\$ 1,550,525

La misma memoria refiere que el Consejo general no había recibido aun los datos relativos á otros países que no figuran en la nómina anterior, de manera que puede asegurarse que pasó de *dos millones* de pesos el dinero que colectó en 1883 la Sociedad de San Vicente de Paul y que distribuyó, convenientemente, en el sustento de otros tantos ancianos, impedidos, enfermos y en general en aliviar la triste condición de millares de nuestros hermanos que no pueden ganar su vida con el trabajo, y á quienes las Conferencias socorren á domicilio, procurando al mismo tiempo mejorar su situación moral.

La Iglesia y la civilización.

SEGUNDA PARTE.

V.

(Continúa.)

Prosigamos este estudio: después recordaremos las glorias de las civilizaciones modernas, y de sus sabios descubrimientos.

Después de haber preparado al individuo y de haber combatido en su corazón las malas pasiones, fuentes de todos los desórdenes, la Iglesia, sin apartarse de las enseñanzas del Salvador, se consagra á ordenar las relaciones mutuas. Y aquí es preciso, ante todo, considerar el fundamento só-

lido que ella emplea para mantener esas relaciones durables y eficaces, en provecho cierto de la verdadera civilización. Este fundamento es *la caridad*, desconocida hasta de nombre fuera del cristianismo, ó conocida en un sentido todo diferente del que nosotros le damos.

Ninguna sociedad puede subsistir, ni ha subsistido, efectivamente, sin el amor que une á sus diversos miembros y les hace marchar de concierto en su camino. Pero era muy diferente el amor que animaba á los gentiles y el que anima á los que se han sustraído á las influencias de la Iglesia, del que inspira el cristianismo y asienta la gracia de Jesucristo en los corazones. El amor más noble que puede desarrollarse fuera del cristianismo, no se separa jamás del interés egoísta que busca mucho más su interés que el de otro: siempre permanece restringido en esta esfera, y, salvo casos muy raros, tiene horror al sacrificio. Puede amar á sus amigos en razón de sus cualidades intrínsecas, de su talento, de su sabiduría, de sus prendas exteriores, de su riqueza, de su buen humor ó de sus encantos; pero él abrirá un abismo entre las diversas clases de la sociedad, que impedirá todo comercio de afecto, y generalmente alimentará, contra quien no le pertenezca, un odio secreto y el deseo bárbaro de reducirlo á la servidumbre.

La moral cristiana ha cambiado esta teoría de las relaciones mutuas. El amor se ha encerrado en una hornaza más ardiente. Los hombres, marchando delante los unos de los otros, no han conservado sentimientos de crueldad y comenzaron á amarse mutuamente según el modelo que Dios les dió. Y Dios, tal como se ha revelado á nosotros, se ocupa con amor de todas las criaturas, indistintamente, desde las más nobles hasta las más pequeñas, incluso las que no tienen uso de razón; y las conserva y rige por sabias leyes.

En cuanto á las criaturas racionales, él las ama tan tiernamente, que no vaciló en dar para la redención de todas á su amadísimo hijo. El no ama solamente á los que le reconocen le adoran y le rinden homenaje de obediencia sino también á los que se obstinan en la rebeldía contra Él y huelan sus derechos bajo sus pies. Y de este amor que Dios ha alimentado en su seno, él no espera nada para sí, siendo el Señor absoluto, el Creador de todas las cosas. Además de ser tan generoso en su amor, añade inmensos sacrificios para rescatarnos al precio de su sufrimiento y de su sangre vertida, para purificarnos y hacer de nosotros un pueblo agradable á sus ojos y activo para el bien.

Tal es, conforme á la moral predicada por la Esposa de Jesucristo, la base que se dá á las relaciones de los hombres. Juzgad si las costumbres públicas no han reportado maravillosas ventajas de esta base, mejoramientos

siempre nuevos y admirables. Lo que el mundo ha ganado y gana todavía con esta escuela de amor, nosotros lo sabemos: es el respeto del hombre, aunque sea pobre y de pequeña y miserable condición: es el fácil y sincero perdón después de los más sangrientos ultrajes: son las venganzas reprimidas ó hechas imposibles: es la equidad llamada á mitigar los rigores del derecho. Son las fatigas ó privaciones soportadas alegremente á fin de poder dulcificar la condición del pobre, del honrado trabajador, del huérfano y del viejo. Hé aquí hechos palpables que saltan á la vista de todos y que la menor reflexión basta para descubrir su origen, que no es otro, evidentemente, que la moral de Jesucristo, enseñada por la Iglesia.

Ninguna de estas ventajas han podido jamás obtenerse por las tentativas de los hombres que sueñan sustituir con una civilización no cristiana, la que ha alcanzado una incomparable altura, gracias á la acción y á los auxilios de la Iglesia. Haced una distinción precisa entre las palabras y los escritos, los cuales poco ó nada cuestan, y la práctica, que, en caso parecido, es el todo, y os convencereis de que la civilización, lejos de progresar, retrocede y pierde lastimosa y rápidamente lo que habría ganado poco á poco por la influencia de la Iglesia.

¿Puede ser indicio de las buenas costumbres el odio y la envidia que se difunde, cada vez más, invadiendo el alma de los que son pobres y pequeños contra los ricos? ¿Son pruebas de sentimientos fraternales ó afectuosos esos rugidos de tigre, esas amenazas de incendio y asesinato que hieren nuestros oídos? ¿Es agradable y consolador el espectáculo de esos duelos que se suceden por fútiles, injustos y aún deshonorosos motivos, y en que se arman las manos con un hierro criminal, á que se confía la reparación de daños verdaderos ó supuestos, no por el ministerio venerable de la justicia, sino confiándose en la agilidad ó destreza y en el azar? ¿No comenzamos á hacernos bárbaros armándonos con este furor en nombre de la civilización?

Pero apartemos los ojos de estos signos de barbarie renaciente, y fijémonos en la influencia saludable de la moral cristiana para hacer prosperar las diversas sociedades.

La primera y la más importante de todos es la sociedad *conyugal* de donde surge la familia y de donde resulta en seguida la sociedad civil. Está fuera de duda que lejos de la luz bienhechora exparcida por Jesucristo y su Iglesia sobre la unión conyugal, sus destinos fueron siempre sombríos, en tanto que dentro de la Iglesia fueron siempre felices y prósperos. El matrimonio ha sido engrandecido y elevado á la dignidad de sacramento: ha sido presentado como la viva imagen de la unión celebrada entre Jesucristo y su Iglesia. Ahora bien; es

imposible que el matrimonio así transformado no sea fuente de insignes ventajas para la civilización misma, puesto que tiende á reproducir las que resplandecen en aquella unión.

Aunque sea fácil reconocer estas ventajas al primer golpe de vista, vamos á enumerarlas; tan seductoras y dulces se ofrecen á la humana consideración.

Jesucristo no se sacrificó por el paganismos por un esfuerzo de amor considerado, sino con intención de levantarle de la tierra donde yacía prostrado, de mejorar su condición, de hacerle heredero de la dicha que resulta de la práctica de la virtud. De la misma manera los esposos no deben dejarse engañar por los atractivos de los sentidos, ni por el brillo codicioso del oro. Para unirse dos criaturas deben mirar más alto, y buscar en la virtud la estabilidad y el encanto de la vida común.

Entre los gentiles, el matrimonio no imponía á los esposos la dulce continencia, la casta reserva de las uniones cristianas. Mas los esposos cristianos no deben abrigar en su corazón afectos extraños, y al entrar resueltamente en la sociedad conyugal, deben aportar y poner en comunidad el tesoro de sus gracias y de sus fuerzas. Así, las flores de una tierna fidelidad vienen á cubrir el lecho nupcial, y alejan las graves discordias y las traiciones que manchan la pureza de la sangre y encienden implacables cóleras.

En el curso de los siglos, la Iglesia ha sido frecuentemente solicitada é instigada por seductores astutos á traicionar la fé jurada á su celestial Esposo, á suscitar herejías ó á separarse de Él por medio de cismas. Pero en tanto que esta obra de seducción hacía su camino, Jesucristo, hablándola con una dulzura inefable, le recordaba la santidad de sus juramentos, la abundancia de los beneficios recibidos, manifestándole ostensiblemente la malicia de los seductores; y la Iglesia se alejó de sus enemigos, y, estrechándose sólidamente al brazo seguro de su Esposo, añadió adornos siempre nuevos y magníficos á su frente virginal.

¿Que dicha sería para la civilización si los esposos imitasen esa solicitud para ayudarse en los peligros y fortalecerse en el bien! Nos deploramos que el matrimonio sea deshonorado por los vicios que se extienden pronto pasando de la familia á la ciudad, lo que no sucedería si en él se estableciera la bella emulación que propone el ejemplo de Jesucristo y la Iglesia.

Jesucristo ha dado su mano á la Iglesia para que de su seno maternal salgan las bellas y castas generaciones que reproduzcan los rasgos encantadores de su Padre, tanto en sus palabras como en sus actos, á fin de que puedan vivir en su corazón por la fé. Y la Iglesia, á su vez, toma entre sus brazos como un depósito sagrado, los hijos nacidos de esta

Nuestro cálculo, naturalmente, es susceptible de rectificación, juzgando mayor ó menor el número de consumidores y la cantidad que se consume.

Esta operación reúne las condiciones siguientes: 1ª La de proporcionar al Gobierno una renta valiosa, con entera independencia del comercio: 2ª La de aumentar el precio del fruto y por consiguiente favorecer á los cosecheros: 3ª La de favorecer una industria, porque el cosechero, por obtener mejor precio haría mejor beneficio; y 4ª Aumentar la riqueza y ser indudablemente en provecho de la República.

Suponiendo que para la operación indicada sea necesario reformar el artículo 31 de la Constitución, no por eso debe estimarse aquella como un monopolio perjudicial, porque está demostrado que reúne condiciones favorables, sin causar el más leve perjuicio; y más bien quizá convendría consignar ese artículo en otra forma, para que en muchos casos no se estime como una rémora al progreso, una vez que nuestro país necesita para casi todo de la protección del Gobierno.

Además de lo expuesto nuestra indicación no se opone á la exportación del fruto. Por el contrario parece favorecerla, pues los exportadores lo encontrarían en los asientos públicos sin mucho trabajo y al mismo precio, pagando solo la patente de exportación.

No dudamos que nuestras indicaciones pueden ser objetadas, pues ni estamos llamados, ni tenemos aptitud para tratar la cuestión económica, siempre de vital importancia, por lo mismo que su conveniente solución trae la abundancia bienhechora.

Hospital.

Por fin tendrá lugar el día de hoy, á las diez de la mañana, el acto público en que la Junta de Caridad dará cuenta de sus labores, y del estado del Hospital, en el año próximo pasado.

Asistirán el señor Presidente de la República, los principales funcionarios, y las diferentes corporaciones y empleados de todos los ramos; pero el Hospital estará abierto á todas las personas que se dignen concurrir.

Será una verdadera satisfacción para los que componen la Junta y para todos los que tienen parte en la dirección ó servicio del Hospital, que todos concurren á ver por sí mismos la manera como se invierten las contribuciones y el provecho que reportan los pobres, que allí van á buscar la salud del cuerpo, encontrándola no pocas veces con la calma del espíritu.

Quién de vosotros, lectores, no sabe por experiencia lo que es una enfermedad, lo que aflige, lo penoso que es aun para los que tienen comodidades y riquezas? Todos casi lo sabemos, todos hemos sentido esos pesados

días, esas largas y silencias noches, y todos también podemos hacernos cargo de la situación del pobre enfermo, que sin pan, sin ropa, sin medicinas, y lo que es peor, á veces sin espíritu y fuerza, se agobia y anonada.

Véase por ahí cuánta es la importancia de los hospitales. Pero, como las enfermedades muchas veces modifican al hombre de un modo provechoso á su regeneración, no basta solo prestarle auxilios desde lejos; conviene que alguna vez lo visitemos, para que los servicios que recibe le impresionen con más fuerza. Antes que todo el enfermo es un ser sensible. Y fuera de esto, al hombre liberal, una visita á estos lugares le causa una noble y no común sensación.

Ocurramos, pues, este día al Hospital; demos pruebas de amor á la humanidad y de ser verdaderamente civilizados y compasivos.

Las Hermanas de la Caridad y el Cólera EN FRANCIA.

Entre los muchos y santos institutos que la fé católica ha hecho brotar en el fertilísimo campo de la Iglesia de Dios, descuella uno, nuevo todavía, pero que por los innumerables servicios prestados á la humanidad y por los heroicos sacrificios realizados, ha logrado hacerse amar de todas las almas encendidas en el fuego del amor divino, y aun de aquellas que, devoradas por el odio á su Dios, sólo conservan esa caridad puramente humana y egoísta que se llama filantropía.

Este santo instituto es el de las Hermanas de la Caridad.

"Nada hay en el mundo más admirable, decía Voltaire, que el sacrificio que un sexo delicado, no pocas veces de ilustre cuna, hace de su juventud y de su posición social para encerrarse en los hospitales á fin de aliviar esa multitud de miserias humanas cuyo espectáculo no es menos humillante para nuestro orgullo, que repugnante á nuestra delicadeza. Los pueblos separados de la comunión romana no han podido imitar, sino de una manera muy imperfecta, una caridad tan generosa".

"También á San Vicente de Paul, escribió el protestante Ranke, debe la humanidad la Orden de las Hermanas de la Caridad, mujeres sublimes que sacrifican al servicio de los enfermos y hasta de las víctimas del vicio deshonesto, su parte de felicidad doméstica, y el brillo, para todos tan seductor, del mundo, sin osar apenas hacer ostentación del amor religioso que las anima, y al cual deben éstas su abnegación conmovedora.

Aun el mismo Proudhon, infernal autor de la más horrible de las blasfemias, que en un momento de delirio dijo: "Dios es el mal," no pudo menos de exclamar en un intervalo lúcido: "Confieso que la caridad de tantas mujeres, distinguidas las más de ellas por su nacimiento, por su educación y por su fortuna, que se constituyen en enfermeras de sus hermanos en Jesucristo, esperando que una vida mejor les permita ser sus compañeras, me conmueve; y me despreciaría á mí mismo si al hablar de los deberes que esas almas generosas cumplen con tanto amor y por espontánea voluntad, se escapase de mi pluma una sola palabra de ironía ó de desdén."

Y en efecto, ¿qué servicio, que abnegación, qué sacrificio humano puede compararse á

esa renuncia completa é incondicional de todas las afecciones, como la posición social y la riqueza á veces, las comodidades de la vida y los purísimos y legítimos goces de la familia, para abrazar una vida penosísima en que se contrarían todos los apetitos de la carne, en que hay que vencer á veces repugnancias que se imponen á los espíritus más bien templados, á esa renuncia de la vida ordinaria para abrazar una existencia sin más horizonte que la sala de un hospital, las miserias del lecho del dolor y de la muerte, ó los horrores y peligros de los campos de batalla?

No, no hay sacrificio alguno comparable con el de la Hermana de la Caridad, ni el alma humana concibe mayor heroísmo.

Todos los demás sacrificios, todos los otros heroísmos se explican, se comprenden, porque de todos ellos puede esperarse alguna recompensa en este mundo; pero todos ellos tienen algo de puramente humano, mientras que en la Hermana de la Caridad todo es divino. Por eso se las llama los ángeles de la tierra, los ángeles de la caridad. Por eso se llaman Hermanas de la Caridad, hermosísimo nombre en el cual están, por admirable manera comprendidos y expresados el amor á Dios y el amor al prójimo, que constituyen esa sublime comunión amorosa, lazo sacrosanto de unión entre el Dios creador y sus criaturas, y entre todas éstas unidas entre sí y con Aquel que dijo: *Ego sum charitas. Yo soy el amor.*

Triste es la vida y valeroso el ánimo del marino que lanzándose en débil bageal á la inmensidad de los mares, sufre penosísimas privaciones, corre peligros innumerables y lucha en su pequeñez con los más poderosos elementos; pero á esa vida le lleva la satisfacción de sus necesidades, el afán de la riqueza ó el amor á la gloria.

Penosa es también la vida del soldado sometido á los rigores de la disciplina y á los deberes de incesante obediencia; pero al fin, sino encuentra, como el marino, muerte gloriosa, recoge los laureles de la victoria, que es para los hombres el galardón de mayores atractivos.

La Hermana de la Caridad, en cambio, nada espera, como el misionero, de este mundo, porque todo lo ofrecen y nada esperan, todo lo dan y nada piden.

Y sobre todos estos sacrificios, sobre todos estos heroísmos, está también el heroísmo y sacrificio de la Hija de San Vicente de Paul, porque es más voluntario que ninguno de ellos. La necesidad, la idea del honor ó el temor al castigo que fuerzan al marino y al soldado, son permanentes, y rara vez pueden eludirlos; la Hermana de la Caridad, en cambio, puede volver al seno de su familia, retirarse á un claustro, si aspira á una vida más perfecta, y, sin embargo, permanece firme en su propósito, continuamente renovado, pues sus votos no son perpetuos.

Por eso se refieren de estas benditas y santas mujeres, á más de los rasgos innumerables que ordinariamente ocurren todos los días, otros rasgos inverosímiles que prueban hasta dónde puede llegar una alma abrasada en el fuego vivificador de la caridad.

Y es que las Hijas de San Vicente de Paul están inspiradas en el hermoso precepto de nuestra religión sacrosanta, que en brevísimas palabras encierra todos los dogmas y toda la moral de la Iglesia católica: "Ama á Dios sobre todas las cosas y á tu prójimo como á tí mismo."

Podrán citarse muchos casos en que la gratitud y la amistad, cegadas por el egoísmo olviden sus más primarios deberes; habrá, aun entre parientes, ejemplos tristes de abandono en casos de desgracia ó de peligro; podrá referirse algún caso, raro por

fortuna, de alguna hermana, de algún hijo, aun de algún padre, que monstruo de la humanidad, divide el sentimiento que el fuego del amor graba en el corazón de todos los hombres; pero no se citará un solo caso de que una Hermana de la Caridad pensando en sí misma, abandone la misión de sufrimiento y de sacrificio que ha ofrecido á Dios por amor á su prójimo. Antes al contrario, de ellas se refieren hechos innumerables tan heroicos como inverosímiles, en los cuales se ve dominado por la voluntad de una débil mujer alguno de los instintos casi invencibles que se imponen con incontrastable fuerza á la naturaleza humana.

Y, sin embargo, la República francesa incluyó á estas santas mujeres en sus decretos de expulsión y persecución contra todos los institutos religiosos. El abandono, los descuidos y hasta los atentados de los servidores remunerados que sustituyeron á las Hermanas en los hospitales, patentizaron una vez más la solicitud, el esmero y la abnegación de las Hijas de San Vicente, y últimamente la epidemia que aflige á Francia, ha demostrado nuevamente hasta dónde llega su heroísmo.

Francia merecía tremendo castigo por sus apostasías, sus blasfemias oficiales y sus atentados contra la Iglesia y contra las cosas y personas sagradas, y la ira de Dios la aflige hoy con el más terrible de sus castigos. Esos mismos hombres llaman entonces por egoísmo á las Hermanas de la Caridad, y éstas, olvidándolo todo, acuden presurosas á Marsella y Tolón, donde algunas han sido ya víctimas de su abnegación.

Algunos quizás habrán extrañado respondieran las Hermanas á este llamamiento; alguien habrá dicho acaso que, recordando la manera brutal con que las autoridades francesas las habían expulsado, no debían haber vuelto; pero á nadie debe extrañar esto si conoce á las Hermanas de la Caridad. Precisamente porque no obran así, son Hermanas de la Caridad.

Tan patente ha sido el ejemplo, que su conducta ha inspirado en Francia palabras tan elocuentes como estas:

"El cólera es antiguo conocido de las Hermanas de la caridad. Cuando por primera vez atacó á París, en los hospitales y en las ambulancias se vió á las Hermanas de la Caridad. Cuando una caía otra ocupaba su lugar, como el soldado estrecha las filas cuando la metralla las diezma.

"¿Qué se vió en Varna, en Constantinopla, en el Pireo, en Atenas en 1854 cuando el cólera hacía horribles estragos? A las Hermanas de la Caridad.

"Uno de nuestros colaboradores, el señor Lyden, ha referido en un libro la admirable conducta de las Hermanas de San Vicente de Paul delante de Sebastopol y en todos los puntos donde hacía estragos la enfermedad. Levantóse en Oriente un concierto de bendiciones y alabanzas. Nuestro colaborador cita gran número de mensajes de acción de gracias y cartas dirigidas por los Generales á aquellas santas mujeres."

La *Patrie*, de quien tomamos estas palabras, menciona el homenaje de gratitud de las autoridades griegas y de todos los países por donde han pasado las Hermanas sembrando los beneficios y ejemplos de la caridad cristiana, y añade:

"A esos himnos de acción de gracias responden con injurias y calumnias los partidarios de la república. Pero ni ultrajes ni calumnias detienen á estas santas mujeres. A una señal se presentan. La Superiora designa la que debe reemplazar á la muerta. Su equipaje le lleva en la cintura y en el pecho: una cruz y un rosario."

"Las Hermanas de la Caridad, se ha dicho también últimamente en Francia, son el

cuerpo de preferencia del ejército del bien. Siempre son ellas las que en las epidemias pagan á la muerte el mayor tributo.

"Todo el personal de los hospitales de Tolón ha cumplido heroicamente con su deber delante del cólera. Pero de ese personal la primera víctima que ha caído sobre el campo del honor es una hija de San Vicente de Paul: la hermana Macedonia. Otras tres, entre ellas la Superiora, se hallan atacadas por la epidemia.

"¡Nobles mujeres! Vengan dignamente á su Orden de los bajos insultos é innobles persecuciones de que han sido objeto. Mueren por los que las ultrajan; mueren por los que las expulsan; mueren por los que vierten sobre ellas su baba y su hiel.

"Pero no; hacemos mal en hablar de venganza, hasta en hablar de honor en el sentido profano de la palabra.

"El heroísmo de las Hermanas de la Caridad se inspira en regiones más elevadas y se surte de fuentes más puras. Tienen fe, creen, saben y ven. Viven por el pensamiento en un mundo ideal, adonde no llega el eco de las pasiones humanas.

"Entre sus perseguidores y ellas la distancia es demasiado grande para que pueda hablarse de venganza ó de perdón. Ellas no los ven, porque miran hacia arriba, y sus perseguidores están abajo."

¡Benditas sean, pues, estas santas mujeres, en quienes encuentra consuelo y cuidado el enfermo, madre el niño abandonado, maestro el ignorante, hija cariñosa el anciano desvalido, ángeles tutelares las ciudades apestadas, y madre, esposa ó hermana el soldado que, lejos de su patria, de su hogar, de su familia, cae herido por el fuego ó por el hierro en los campos de batalla!

¡Benditas sean estas heroínas del más grande de los sentimientos, y ¡ay de aquellos que no veneren y reverencien las blancas tocas, el humilde traje y el Crucifijo que eñen, porque ese ni ama á Dios, ni ama á la humanidad, ni se ama así mismo!

Agosto de 1884.

Manuel Carbonero y Sol y Merás

Misión de verdadero progreso.

En Colombia se ha instalado un Consejo Diocesano para la obra de la propagación de la Fé Católica y civilización de los salvajes existentes aun en varios de aquellos territorios, obra que fué erigida canónicamente á principios del año 1884 por el Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. José Telésforo Paúl, hoy Arzobispo de Bogotá.

Forman este Consejo: Mor. Fermín Jované, Presidente; Prbo. D. Antonio María Sanguillén, Vicepresidente; Prbo. D. José Antonio Figueras, Tesorero; D. Manuel José Cucalón Secretario y don José C. Ospino.

Para que esa obra de carácter tan simpático se haga estable, se previene por el reglamento, que la contribución sea precisamente de cinco centavos en cada mes; pudiendo sin embargo los inscritos pagar anticipadamente todo ó parte de lo correspondiente al año y dar las donaciones que su liberalidad les sugiera. Del mismo modo podrán cooperar con sus donativos á tan excelente obra todos los que quieran.

Muchos territorios tiene todavía Colombia ocupados por tribus de aborígenes, en completa independencia de las poblaciones civilizadas, que llevan una vida desgraciada; y nos in-

clinamos á creer que por esta promovido en la Capital de la República, por S. E. el Delegado de Comercio Mor. Agnozzi, en poco tiempo habrá desaparecido ese padecimiento para la República.

¡Ojalá comiencen sus labores los colonizadores en este Estado de Panamá, por la mayor facilidad de reducir en poco tiempo á esos desamparados, que vagan por las selvas de las dos bandadas de la Cordillera y por las riberas de ambos mares! Pudiéndose cruzar entonces este país en todas direcciones, se utilizarán sus riquezas naturales en los reinos minerales y vegetales. Encontrarían también ocupación productiva los que no hallan trabajo en las diversas obras de la empresa del Canal. Adhiriéndose á las misiones, se formarían empresas de resultados inmediatos y ventajosos. Se fomentaría una gran inmigración de colonos laboriosos; y con el establecimiento de diversas empresas se convertiría el Istmo de Panamá en un Edén.

Deseamos por lo tanto una acogida entusiasta de parte de los Istmeños á la propagación de la Fé y civilización de los aborígenes, pues sin dinero nada puede hacerse eficazmente aunque abunden los mejores deseos, y por nuestro propio interés debemos procurar que los pobres salvajes gocen siquiera de algunos beneficios de la civilización.

(De "La Estrella de Panamá" n.º 835.)

Enfermos asistidos en el Hospital durante el mes de Enero de 1885.

	Paisanos.	Militares.	Mujeres.	Totales.
Existencia del mes anterior ..	144	41	84	269
Entraron	119	63	64	246
				515
Salieron curados ó mejorados ..	122	68	58	248
Murieron	6	1	6	13
Quedan para Febrero	137	33	84	254
				515
Estancias que causaron				8181

Cementerio.—En el mes de Enero próximo pasado hubo 55 defunciones.

Fallecieron de diferentes fiebres 10, de tos ferina 5, de bronquitis 5, al nacer 4, de inflamación 4, de alferesia 3, de enteritis 3, de neumonía 2, de desinteria 2 y los restantes de diversas enfermedades.

Niños menores de dos años 25 y los 30 restantes mayores de dicha edad.

Cuarenta eran naturales de esta ciudad, catorce de las otras poblaciones de la República y uno francés.

En el Hospital 13 y fuera de él 42.